

La reina Hortensia, después de haberse instalado en 1819 en el castillo de Arenenberg, adquirió la costumbre de residir en él todo el año, excepto los meses de invierno que pasaba en Ginebra ó en Roma. Alternando así entre Suiza y la Ciudad Eterna, secundaba las miras del emperador.

El duque de Aumale ha escrito lo siguiente en su *Carta sobre la historia de Francia*, dirigida al príncipe Napoleón, hijo del rey Jerónimo: «No, vuestro tío no tenía al papado la aversión que suponéis. No podéis haber olvidado las curiosas instrucciones que en 1821 trajo el general Bertrand de Santa Elena para el rey José. Napoleón recomendó mucho en su lecho de muerte que su familia se estableciera en Roma y atrajera á sus intereses una teocracia poderosa; con lo cual no tardaría en tener un papa y cardenales. Algunos años después habría podido verse realizado el deseo de Napoleón, pues uno de vuestros primos podría haberse sentado en la silla de San Pedro, que hubiera estado mejor defendida.»

Las instrucciones á que aludía el duque de Aumale están contenidas en el tomo décimo de las *Memorias del rey José*, bajo el epígrafe: Extracto de la conversación de Napoleón el 21 de abril de 1821. «El emperador, se dice allí, ha deseado que el gran mariscal dijera á la emperatriz madre que lo mejor que podía hacer era enlazar á sus hijas con familias romanas; que su familia debía contraer alianza con todas las de príncipes, es decir, con las que habían tenido papas; que la alianza con los Herculani y los Gabrielli estaba bien entendida; que había desaprobado mucho el casamiento con el sueco (una de las hijas de Luciano se había casado con un sueco); que sus sobrinas podían lavar los pies del papa, pero no los de la reina de Suecia ó los de otro cualquiera.

»El emperador añadía que los Bonaparte podían también casarse entre sí, pero que no debían hacerlo en Francia, á menos que sobreviniera un cambio de gobierno.»

Napoleón volvió á tratar del mismo asunto el 24 de abril de 1821, es decir, once días antes de su muerte. Dijo que de hecho su familia era de origen romano, que había Bonapartes en Roma el año 1000 y que un Bonaparte había escrito el relato del saqueo de Roma por el condestable de Borbón lanzando imprecaciones contra él. El emperador añadió que su nombre sería siempre popular en Italia, en donde había despertado los recuerdos de la patria. De todo ello

deducía que su familia no podía establecerse más que en una teocracia como Roma ó en una república como Suiza, que tenía bastante fuerza para conservar su independencía. Haciéndose oligarcas de Berna ó de cualquier otro cantón, se hacían independientes y no deberían nada á nadie. Con una veintena de matri-



La emperatriz madre de Napoleón I

monios los Bonaparte podían apoderarse de Roma y de Suiza. Luciano debía conseguir que sus hijos fuesen cardenales lo más pronto posible.

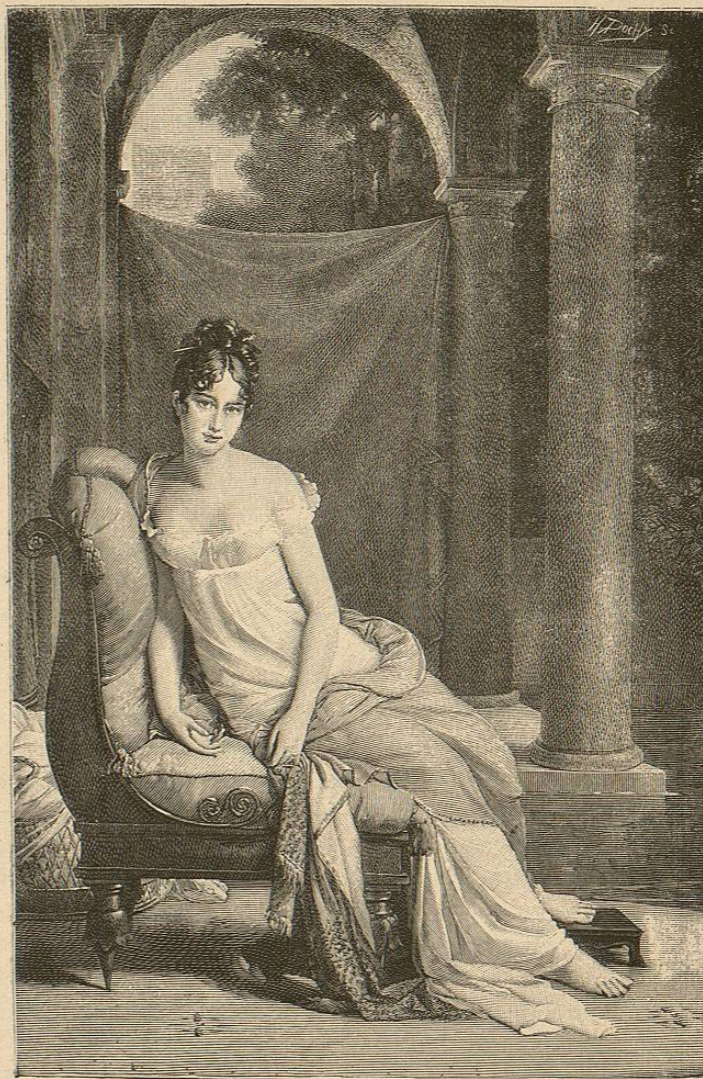
Luciano no había aguardado la caída del emperador para establecerse en Roma. Pío VII, que le demostraba gran benevolencia, le confirió el 2 de septiembre de 1814 un título de príncipe romano, el de príncipe de Canino. La emperatriz madre encontró también un refugio en los Estados del Papa, adonde llegó con su hermano, el cardenal Fesch, en el mismo momento en que Pío VII hacía su entrada triunfal en Roma después de su cautiverio en Fontainebleau.

El Padre Santo les dijo: «Seréis bien acogidos en Roma, que siempre ha sido patria de los grandes desterrados.» La emperatriz madre había ido á reunirse con Napoleón en la isla de Elba y durante los Cien días en París. Cuando su hijo marchó á Santa Elena, regresó ella á Roma, adonde llegó el 15 de agosto de 1815: entonces escribió al cardenal Consalvi, secretario de Estado: «Soy en verdad la madre de todos los dolores, y el único consuelo que se me ha deparado es el saber que el Padre Santo olvida lo pasado para acordarse solamente de las bondades atestiguadas por él á todos los individuos de mi familia. Tan sólo hallamos apoyo en el gobierno pontificio, y nuestra gratitud por semejante beneficio es inmensa.» Instalóse en el palacio Falconiere, calle Julia, en la esquina del Corso y de la plaza de Venecia, donde el cardenal Fesch ocupó el segundo piso. Esta residencia llegó á ser el punto de reunión de los individuos de la familia Bonaparte que no habían sido desterrados á otro paraje. Luciano, Luis y Jerónimo figuraron entre los primeros, habiendo sido precedidos por Elisa y Paulina.

Mme. Recamier ha dado curiosos detalles sobre la estancia de Hortensia en Roma en 1824. Esta llegó allí, con sus dos hijos, el mes de febrero. La amiga de M. de Chateaubriand y la antigua reina de Holanda no se habían visto desde los Cien días. Con gran sorpresa suya se encontraron en la iglesia de San Pedro, donde rezaban una junto á otra. Mme. Recamier tenía gran intimidad con el duque de Laval-Montmorency, embajador de Francia, y la política impedía á ambas mujeres visitarse; pero se dieron cita en el Coliseo. Reuniéronse allí á la hora prefijada y se sentaron en las gradas de la cruz que hay en medio del anfiteatro. Mme. Recamier escribe con este motivo: «Habíase hecho de noche, una noche de Italia; la luna subía poco á poco por el firmamento, por detrás de las arcadas cubiertas del Coliseo; el viento de la noche resonaba en las galerías desiertas. Tenía á mi lado á aquella mujer, á su vez ruina viviente de tan asombrosa fortuna. Una emoción confusa é indefinible me tenía reducida al silencio: la reina parecía también absorbida en sus reflexiones. «¡Cuántos acontecimientos ha sido menester que ocurrieran para hallarnos reunidas aquí!, dijo por fin volviéndose á mí, ¡acontecimientos de que con frecuencia he sido juguete ó víctima sin haberlos previsto ó suscitado!»

A los pocos días el banquero Torlonia daba un suntuoso baile de máscaras. Hortensia y Mme. Recamier convinieron en asistir á él con el mismo disfraz, un dominó de raso blanco guarnecido de encajes; la única diferencia consistiría en que Mme. Recamier llevaría una guirnalda de rosas y la reina un ramo de las mismas flores: una y otra debían conservar puesto el antifaz toda la noche. La primera entró del brazo del embajador de Francia, y acompañaba á la segunda Jerónimo Bonaparte, ex rey de Westfalia. Las dos mujeres idearon entonces una broma de sociedad. Encontraron modo de cambiar furtivamente el ramo y la guirnalda; el embajador de Luis XVIII hizo la corte á Hortensia tomándola por Mme. Recamier, y la ex reina de Holanda se vió en breve rodeada de todos

los representantes de las potencias extranjeras, mientras que Mme. Recamier tenía en torno suyo á todos los Bonaparte residentes en Roma. «Semejante treta, ha escrito ésta última, que acabó por despertar sospechas, introdujo cierta per-



Mme. Recamier, retrato hecho por Gérard

turbación en las sociedades respectivas. En el baile había circulado el rumor de que la reina Hortensia y yo llevábamos el mismo disfraz, y el embarazo de los que se acercaban á una y otra, mientras no se cercioraban de nuestra identidad, prolongó algún tiempo la diversión que nos proporcionó esta broma. Todo el

mundo se prestó de buen grado á ella, á excepción de la princesa de Lieven, á quien jamás abandona la política, ni aun en los bailes, y que llevó muy á mal que se la hubiera comprometido haciéndole hablar con una Bonaparte.»

Poco después, Mme. Recamier recibía esta carta de la reina Hortensia: «Viernes por la mañana. — Querida señora: No parece sino que va unida á mi destino la mala suerte de no poder disfrutar de ningún placer, distracción ó cosa que me interese sin que la acibare algún disgusto. He recibido noticias de mi hermano que ha estado enfermo; me aseguran que se encontraba mejor al salir la carta, pero mi inquietud es muy grande. Espero que Dios no me privará del único amigo que me queda, del hombre mejor y más leal de la tierra..... Hoy no puedo ir á pasear con vos; sin embargo, me alegraría de veros, si quisierais venir á reuniros conmigo en la iglesia de San Pedro. Sé que no teméis tratar á los que padecen, y debéis depararles la suerte. Desear veros ahora, equivale á probaros suficientemente los sentimientos que me inspiráis.»

Hortensia no tuvo tiempo de llegar á Munich antes de la muerte de su hermano, que expiró el 21 de febrero de 1824, á la edad de cuarenta y tres años. El fin de su vida había sido tranquilo. Refugiado en Baviera junto al rey su suegro, había vivido allí rodeado del afecto universal. En 1823 había casado á su hija Josefina con el príncipe real de Suecia, que fué después rey con el nombre de Oscar III.

Hortensia regresó á Augsburgo muy afligida, y entonces escribió á Mme. Recamier: «Esta vida tan llena de zozobras no agita ya á los que se echa de menos. No tengo más que lágrimas, pero él es sin duda feliz..... Ahora estoy en mi retiro: á pesar del soberbio cielo de Italia, me ha parecido Augsburgo bastante hermoso; pero nunca me han de faltar sinsabores, porque así lo requiere seguramente mi sino. ¡Me encontraba aquí tan satisfecha el año pasado! Estaba envenecida de no echar nada de menos, de no desear nada en esta vida. Tenía un buen hermano y buenos hijos; pero hoy ¡cuánto necesito repetirme que aún me quedan personas á las que soy necesaria! Adiós; no me deis enteramente al olvido; creed que vuestra amistad me hará mucho bien. Debéis saber cuánto vale una voz amiga que llega de la patria en medio de la desventura y el aislamiento. Repetidme que soy injusta, si me quejo demasiado del destino, pero decidme también que aún me quedan amigos.»

Luis Napoleón estaba profundamente afligido por la muerte de su tío, que había sido para él un segundo padre, y reanudó tristemente en Suiza la marcha de sus estudios.

En el año 1825 no ocurrió ningún incidente digno de particular mención; al siguiente nació la mujer con quien aquel príncipe debía casarse.

VI

EL NACIMIENTO DE LA EMPERATRIZ

El 5 de mayo de 1826, cinco años día por día después de la muerte del emperador Napoleón I en Santa Elena, vino al mundo en Granada la criatura que andando el tiempo había de ser esposa del emperador Napoleón III. En la fachada de la casa donde nació, calle de Gracia, número 12, el ayuntamiento de la ciudad colocó en 1867 una lápida de mármol con una inscripción en honor de «la emperatriz de los franceses, su noble compatriota.»

La calle de Gracia es una de las aristocráticas de la ciudad: en ella hay muchas grandes casas particulares, casi todas construídas con arreglo al mismo modelo. La fachada exterior es por lo general muy sencilla, pero adornada con balcones de hierro forjado bastante bien labrados y de estilo Luis XV. Andalucía ha conservado del tiempo de los moros la costumbre de reservar el lujo para el interior de las casas. Apenas se ha transpuesto el umbral, se modifica la impresión un poco severa del exterior. Ante todo aparece el patio con sus graciosas columnas de mármol, rodeando la fuente central de la que mana el agua entre flores, y cuyos ángulos están ocupados con bancos de alto respaldo de madera que lleva esculpidas las armas de la familia. A este patio, habitación predilecta de verano, donde gracias á un ingenioso sistema de ventilación se mantiene siempre fresca la temperatura, dan las puertas de los demás cuartos. Las habitaciones de recibo están en el primer piso. Tal es todavía hoy en Granada la morada de los Guzmanes, donde la emperatriz Eugenia vió la luz del día.

En su partida de nacimiento y en la de bautismo se designa á la futura soberana con los nombres de María Eugenia Ignacia Agustina, hija de D. Cipriano Guzmán Palafox y Portocarrero, conde de Teba, marqués de Ardales, grande de España, y de doña Manuela de Kirpatrick y Grivegnée, condesa de Teba, marquesa de Ardales.

Al nacer la emperatriz, su padre llevaba el título de conde de Teba; no usó el de conde de Montijo, perteneciente á su hermano mayor, jefe de la familia, hasta la muerte de éste. A esta casa, cuyo origen se remonta mucho más allá de la institución de la grandeza, van unidos recuerdos ilustres. Entre sus antecesores figuran D. Alonso Pérez de Guzmán, ese héroe cuyas hazañas narran todavía los

campesinos españoles; Gonzalo de Córdoba, apellidado el Gran Capitán, y Antonio de Leiva, uno de los generales más hábiles de Carlos V.

D. Alonso Pérez de Guzmán, nacido en Valladolid en 1278 y muerto en 1320, dejó un renombre legendario. Era gobernador de Tarifa por Sancho IV rey de Castilla, cuando esta plaza fué sitiada por el infante D. Juan, rebelado contra el rey su hermano. D. Juan, que había cogido prisionero á un hijo de Guzmán, amenazó al padre con degollar al hijo al pie de los muros de la fortaleza si no se la entregaba; por toda respuesta, Guzmán arrojó un cuchillo al infante. El niño fué degollado, pero los sitiadores tuvieron que levantar el campo. En memoria de esta lealtad estoica, inmortalizada por los versos de Lope de Vega, los Guzmanes adoptaron esta noble divisa: *Mi rey antes que mi sangre.*

El conde de Montijo y su hermano menor el conde de Teba, padre de la emperatriz, se distinguieron en España en los comienzos de este siglo, pero siguieron rumbos muy diferentes. El uno fué adversario y el otro partidario de Francia. En marzo de 1808, cuando el pueblo amotinado quiso impedir á la fuerza que Carlos IV saliera de Aranjuez, el conde de Montijo figuró en primera línea entre los que se oponían á la marcha. Thiers ha escrito con este motivo en su *Historia del Consulado y del Imperio*: «La afluencia de gente en Aranjuez era extraordinaria y empezaban á verse las caras más raras y siniestras. Un personaje singular, perseguido por la corte, gran señor por su nacimiento y su riqueza, y que tenía el gusto y el arte de agitar á las masas, aparecía entre aquella muchedumbre, pronto á dar la señal de insurrección.» El conde de Montijo, tío de la emperatriz, se pronunció enérgicamente contra la invasión francesa, fué uno de los principales jefes del levantamiento de Valencia y luchó contra las tropas del mariscal Moncey.

A diferencia de Thiers, que se ha expresado en términos un poco desdeñosos acerca de este conde de Montijo, Augusto Filón ha hecho de él un caluroso elogio en su excelente estudio sobre Merimée: «A principios del siglo, dice, el conde de Montijo estuvo á punto de cambiar la suerte de la monarquía española y arrancar su patria á la más humillante de las tiranías. En cuanto á audacia tenía algo de los conspiradores de otro tiempo, y de los revolucionarios modernos en cuanto á amplitud de miras. Entró en el palacio de Aranjuez á la cabeza de un grupo resuelto, y por espacio de algunas horas tuvo en su poder al rey, á la reina y al favorito Godoy. Pero la nación permaneció tranquila y nadie respondió á su llamamiento. Se trató de loco á Eugenio de Montijo porque se había malogrado su empresa; si hubiera tenido buen éxito, se le habría calificado de héroe. Su hermano Cipriano ofreció sus servicios á Napoleón.»

El conde de Teba, hombre de carácter ardiente, se había apasionado de la gloria del vencedor de Austerlitz, en quien creía ver al regenerador de España. Distinguióse entre los que sus compatriotas llamaban *afrancesados*, y sirvió gloriosamente bajo las banderas de Francia. En la batalla de Salamanca, llamada también de los Arapiles, perdió un ojo, y una bala de cañón le destrozó una

pierna. Coronel de artillería en 1814, volvió á ser herido en las Buttes-Chaumont, batalla en que mandaba á los alumnos de la Escuela politécnica. Ningún francés defendió á la Francia invadida más valientemente que aquel español: él



Thiers en 1830. — Facsímile reducido del grabado hecho por Enrique Robinsón, según el cuadro original de Auvergne

fué quien disparó los últimos cañonazos que retrasaron un día la entrada de los aliados en París, y como ha dicho Augusto Filón: «daba gusto ver entre aquella espesa humareda aquel hermoso y pálido rostro ennoblecido más bien que des-

figurado por la terrible herida que le había privado de un ojo, á aquel soldado filósofo, cuyo cerebro estaba de continuo asediado por confusos ensueños de emancipación y de progreso y que hasta el fin de su vida soportó arrogantemente su desgracia.»

El conde de Teba no regresó en seguida á España por ser hostil á la política reaccionaria de Fernando VII. En 1814 y 1815 empezó á hacer la corte en París á una linda joven á cuya mano aspiraba y á la que veía en casa de los Sres. de Lesseps, que á la sazón vivían en la calle de San Florentino, número 14. Esta joven, nacida en Málaga, se llamaba María Manuela de Kirpatrick. Su genealogía está claramente consignada en las notas que ha dejado su primo hermano, el ilustre constructor del canal de Suez.

María Manuela de Kirpatrick, que se casó con el conde de Teba, más adelante conde de Montijo, y fué madre de la emperatriz Eugenia, descendía de una de las más antiguas y distinguidas familias de los Países Bajos, la familia de Grivegnée, cuyos individuos vivían en Lieja y ejercieron muchas veces el cargo de regidores.

Enrique de Grivegnée, nacido en Lieja el 2 de junio de 1784, se estableció en Málaga, donde se casó con una española, doña Antonia de Gallegos, y de este matrimonio nacieron dos hijas, Francisca y Catalina.

Francisca de Grivegnée se casó á fines del siglo XVIII con el barón Guillermo de Kirpatrick de Closeburn, nacido en Dumfries (Escocia) y oriundo de una ilustre familia á cuyo jefe concedió el título de barón Alejandro II, rey de Escocia, en 1227. La adhesión de Guillermo de Grivegnée á la causa de los Estuardos le obligó á salir de Inglaterra para librarse de las persecuciones, emigró á los Estados Unidos en la época de la proclamación de su independencia y el nuevo gobierno le nombró cónsul en Málaga.

Por aquella época residía en Cádiz Mateo de Lesseps, en calidad de encargado de Negocios de la República francesa en aquella ciudad; y se casó con la segunda hija de Enrique de Grivegnée y de Antonia de Gallegos, Catalina de Grivegnée, nacida el 11 de junio de 1774 y muerta el 21 de enero de 1853, en vísperas de la boda de su sobrina con el emperador Napoleón III. Mateo de Lesseps, prefecto y conde del Imperio, falleció siendo cónsul general de Francia en Túnez, en 1832. De su matrimonio con Catalina de Grivegnée nacieron: Teodoro, que fué director de los consulados y luego senador en tiempo del segundo Imperio; Adela, que casó con el doctor Cabarrús, hijo de Mme. Tallián; Fernando, el creador del canal de Suez, y Julio, que representaba al bey de Túnez en París.

El barón de Kirpatrick y Mateo de Lesseps se hicieron amigos en España y volvieron á reunirse en Francia. María Manuela de Kirpatrick, criada en una casa de educación en París, salía para ir á casa de su tía Mme. de Lesseps, y según hemos dicho, allí conoció al conde de Teba. El conde y la joven, regresados á España hacia la misma época, se casaron en Granada el 15 de diciembre. De

este matrimonio nacieron, el 29 de enero de 1825 Francisca (la duquesa de Alba), y el 5 de mayo de 1826 Eugenia (la emperatriz).

María Manuela de Kirpatrick, condesa de Teba y luego de Montijo (madre de la duquesa de Alba y de la emperatriz de los franceses), tenía una hermana, Enriqueta de Kirpatrick, que casó con el conde Francisco de Cabarrús, hijo del antiguo ministro de Hacienda del rey de España Carlos III, y hermano de Teresa Cabarrús, la mujer célebre que fué sucesivamente marquesa de Fontenay, Mme. Tallián y princesa de Chimay.

El cuadro siguiente resume la genealogía de la emperatriz Eugenia y su grado de parentesco con M. Fernando de Lesseps:

Enrique de GRIVEGNÉE, casado con Antonia de GALLEGOS	
Francisca de GRIVEGNÉE casada con el barón de KIRPATRICK	Catalina de GRIVEGNÉE, casada con Mateo de LESSEPS
Manuela, condesa de Montijo	Fernando de Lesseps
La emperatriz Eugenia	

Así pues, la condesa de Montijo y Fernando de Lesseps, hijos de dos hermanos, eran primos hermanos, y el autor de la apertura del canal de Suez resultaba ser tío segundo de la emperatriz de los franceses. Esta fué una de las causas en virtud de las cuales la emperatriz manifestó tanto interés por una de las empresas más grandes del siglo, y de que presidiera en persona la inauguración del canal en medio de mágicos esplendores.